VICENTE ALMELA

11913

EL VIEJO SOLAR

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

Copyright, by Vicente Almela, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
— 28
1913

Para el genial dramaturgo
Don José Echegaray
su verdadero admirador y amigo
Vicente Almela

EL VIEJO SOLAR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservéepour tous les pays, y compris la Suédeté, la Norvège la Hollande.

Queda hecho el deposito que marca la ley.

EL VIEJO SOLAR

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

VICENTE ALMELA MENGOT

Estrenada en el TEATRO CERVANTES de Madrid, el 1.º de Diciembre de 1913

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—

1913

A mi hermano Manuel,

Vicente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DORITA	Sra. Roca.
ROSA	Srta. Astort.
PILAR	Sra. Santaularia.
GENOVEVA	Simó.
MARÍA	Srta. Jiménez Lavell.
EL CONDE DE ESPAÑA	Sr. Simó-Raso.
JUAN	Meseguer.
IRIGOYEN	La Riva.
TUDELA	Marchante.
RAMÓN	Molinero.
PEPITO	Palma.
ANTONIO	Miquel.
ARTURO	Esteve.
FRANCISCO	Labra.

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

Saloncito elegante. Balcón al foro y dos puertas laterales

ESCENA PRIMERA

El CONDE DE ESPAÑA y DOROTEA Luego JORGE TUDELA

Conde (En el sillón, primer término derecha. A su lado está sentada Dorotea cuyas blancas manos acaricia) ¡Qué hermoso otoño tenemos, hija mía! El sol llega hasta las almas. Yo siento como nunca la alegría de vivir. A pesar de mis años, y de este reuma (Señalando las piernas.) que es mi tormento.

Dorita Un poquito de paciencia, papá.

Conde Ya la tengo.

Dorita Realmente hace un día precioso. Hoy vamos á tener muchas visitas.

Conde Seguramente.¿Tú sabes adónde ha ido Rosa?

Dorita Salió después de comer en compañia de Ledesma. A pedir dinero para el Asilo.

Conde Ledesma y Rosa hacen buenas migas.

Dorita Ya lo creo. Para cobrar contribuciones se pintarían solos. Son tan insinuantes...

Conde Tan cobistas. Hacen bien. Con la amenaza ó la adulación se conquistan las voluntades.

Dorita No obstante, el proyecto del Asilo es una idea generosa.

Conde Generosa y necesaria. Para los pobres hacen

606907

falta Asilos, que suelen ser mejores cuando los costea la caridad privada.

Tud. (Por la lateral izquierda.) Exacto, Conde. ¿Cómo está usted, Dorita?

Dorita Bien, ¿y usted, Tudela? ¿Cómo tan caro de ver?

Tud. Estoy escribiendo un libro sobre Sociedades de Socorros mutuos.

Dorita Usted escribe muy bien y resultará muy interesante.

Tud. Ya veremos.

Conde Perdone que no me haya levantado.

Tud. No faltaba más.

Conde Tengo las piernas como si fueran de corcho.

Tud. Dichoso reuma. Hay que echarlo fuera, mi querido Conde.

Conde ¡Ya, á mis años! Libros como ese que usted escribe hacen falta, querido Tudela.

Tud. Eso creo yo. Es necesario pensar en cosas prácticas. Precisamente cuando entré, me pareció que hablaban ustedes de nuestra pobretería.

Conde Justo. De eso hablábamos.

Tud. Estaba usted en lo firme. Los españoles lo pedimos todo de limosna, porque hemos perdido la virtud conquistadora y el aliento de la fortaleza.

Conde No, Tudela. Estamos en un periodo de transición y de descanso. Ya saldremos de él... La raza se mantiene fuerte y vigorosa. El problema nuestro es una cuestión de cultura y de riqueza; en el fondo un problema moral.

Tud. Me da usted la razón, porque ya estamos intervenidos económicamente por los extranjeros y el mal se agrava de día en día.

Conde Todo se arreglará. Yo no pierdo la esperanza y á pesar de nuestros defectos digo siempre con orgullo que soy español.

Tud. Y yo.

Dorita Porque ustedes lo son de veras.

Conde Y otros también. Que pícaros y hampones los hubo siempre en nuestra patria, porque la pobreza viene de muy atrás.

Tud. Esta tarde, sin ir más lejos, he contemplado uno de esos espectáculos que indignan.

Conde Hombre, que indignan... ¿Qué ha sido ello?

Tud. Estuve en el Congreso, donde presencié una sesión con *chin chin* patriótico y marcha de Cádiz. Se ha discutido un proyecto de reconstitución de nuestro poder naval. ¡Qué discursos! Soflama por aquí, soflama por allá, que Lepanto, que el Gran Capitan... Eso es hablar de la mar.

Conde Tratándose de una escuadra, nada más natural.

Tud. ¿Una escuadra? ¿quiere usted decirme para qué queremos cuatro barquitos?

Conde Por algo se empieza.

Tud. Esos son un puñado de millones tirados al agua.

Conde Al reves. El mundo es de los fuertes, amigo Tudela. Para resistir el bandidaje internacional hay que tener un gran ejército y una gran marina. Es usted el hombre más escéptico que conozco.

Tud. Se equivoca usted. Digo la verdad, tal como yo la entiendo. Por eso me retiré de la politica. Y como soy un hombre de acción, que busca la pelea y la provoca, he pensado hacerme agricultor, trasladar mi residencia á las extensas posesiones que tengo en San Julián, para cultivar centenares de hectáreas improductivas y dar de comer á millares de hombres sin pan, que ahora emigran á tierras lejanas.

Conde Bien pensado está eso. Me deja usted con la boca abierta. Nunca nos habló usted de semejante proyecto.

Tud. Y les ruego que me guarden el secreto.

ESCENA II

DICHOS, FRANCISCO y luego JUAN

Franc. (Por lateral izquierda.) El señor Pacheco.

Conde Que pase. (Sale Francisco por la lateral izquierda.) ¿Conoce usted á ese muchacho, Tudela?

Tud. No sé quién es.

Conde Un joven de mucho mérito. Es hijo de una

familia extremeña, bien acomodada. Vino á Madrid á doctorarse en medicina, comprendió que las lumbreras no eran tan resplandecientes como se decía y decidió quedarse en la villa y corte, dispuesto á conquistarse una posición social. A la mitad del camino, su padre le dejó sin dinero, porque dió pábulo á las hablillas del pueblo que suponían á nuestro Juan Pacheco haciendo el vago por aquí. No se arredró por eso el hombre. Trabajó con energía y...

Juan (Por lateral izquierda.) Buenas tardes.

Conde Hola, amigo mío.

Juan ¿Sigue usted bien, Dorita?

Dorita Muy bien, Juan. ¿Y usted, cómo se encuentra de su catarro?

Juan Un poco mejor; gracias.

Conde Le presento a nuestro amigo don Jorge Tudela, el señor Pacheco.

Juan Tengo un gran honor.

Tud. El honor es mío, señor Pacheco.

Conde Siéntese, Juan. ¿Cómo van esas oposiciones?

Juan Bien. Muy contento. El otro día al terminar el cuarto ejercicio, los compañeros me ovacionaron.

Conde La enhorabuena.

Dorita Entonces ¿el triunfo es seguro?

Juan Qué sé yo. Dentro de un rato lo sabremos. Esta tarde falla el Tribunal.

Conde ¿Tan pronto?

Juan Sí; esta tarde.

Conde Uno de los vocales ya sabe que es suyo incondicionalmente.

Tud. ¿Quién es?

Conde Mi primo, el doctor Castellano. Un voto por lo menos es seguro.

Tud. ¿A qué otros señores tiene usted en el Tribunal?

Juan Pues á Serrano, Domínguez, Pedrosa...

Tud. Cuente usted también con ese.

Juan Con Pedrosa.

Tud. Sí. Me debe la senaduría. Voy á darle una tarjeta para él.

Juan No sé como agradecérselo...

Tud. De ningún modo. Ahora, como estoy retirado de la política, sólo hago el bien por

amor al bien. (Tudela saca la cartera y escribe con lápiz en una tarjeta.)

Dorita ¿Y de su familia?

Juan Nada. Siguen llamándome vago y sin querer oir hablar de mí.

Dorita ¡Parece mentira! ¡Qué obcecación!

Conde ¿Le contestaron á la carta que usted les escribió el otro día?

Juan No, señor. Mi padre no rectificará; estoy seguro. Se ha propuesto sitiarme por hambre. Sin proponérmelo, he defraudado sus ambiciones, porque él hubiera deseado verme ejerciendo la carrera por allá, realizando curas milagrosas y embrutecido en el ambiente estrecho de nuestra capital provinciana. Yo no puedo vivir allí. Me ahogo. Parece broma, pero los últimos meses que pasé en el pueblo enfermé de ictericia.

Dorita La vida de pueblo es horrible.

Tud Tome usted, joven. (Le entrega la tarjeta.)

Juan Muchas gracias.

Tud. No se preocupe. ¿Hablaban ustedes de la vida de provincias y decían que era horrible? Lo es la de Madrid... La mayoría de los pueblos de España parecen aduares.

Conde O decirla gorda ó no decirla.

Tud. Que no exagero, Conde. ¿No es verdad, Pacheco?

Juan Sí, señor; desgraciadamente es verdad. Todavía existen muchos prejuicios que desterrar. La vida privada no se respeta y todo el mundo se cree con derecho á pedirnos cuenta exacta de nuestras acciones.

Dorita Ha hecho usted bien quedándose en Madrid.

Juan No lo sé. Tropiezo con muchas dificultades. Nunca creí que hubiese de caminar por una senda de flores... Sin embargo, tampoco sospeché que fuera siempre de espinas. ¿Es un pecado aspirar á conquistarse una posición social por medio del propio y honrado esfuerzo?

Conde No desmaye usted, hombre; voluntad, tenga usted voluntad. A mal tiempo buena cara. ¡Qué jovencitos estos! ¡Se asustan de todo!

Dorita — Detrás de unos tiempos malos, vienen otros buenos.

Juan — Voluntad no me falta.

Tud. — Vamos á ver: me inspira usted simpatía y deseo interesarme en su porvenir. Desde luego tiene usted buenas condiciones. Falta conocer si sabe usted sacar partido de ellas.

Juan — Seguramente no.

Tud. — Permítame que le haga algunas preguntas, con rudeza, porque yo soy muy franco. Dígame usted, amigo Pacheco: ¿sabe usted adular?

Juan — No señor.

Tud. — Malo. ¿Y mentir?

Juan — Tampoco.

Tud. — Peor. ¿Estudia usted mucho?

Juan — Bastante.

Tud. — Muchísimo peor. Por ese camino no se va á ninguna parte, créame usted á mí. Se lo dice un hombre práctico y que conoce la sociedad en que vive. Cierre usted los libros. Ya estudió usted demasiado. Si algún día llega usted á Director general ó á Ministro, ya estudiarán otros por usted. Dedíquese á intrigar, á llamar genios á las medianías, á mentir afectos y á prometer sin ánimo de cumplir. De lo contrario se le comerán las moscas. Las recomendaciones lo pueden todo.

Juan — Quizá tenga usted razón. Pero yo no podría hacer lo que usted me aconseja. Siento una repugnancia instintiva por la adulación, la mentira y el servilismo. Si algún dia emplease estas armas, me creería muerto, otro yo distinto.

Conde — La sinceridad ante todo.

Tud. — En la sociedad en que vivimos eso son metafísicas, amigos míos. Yo no le estoy explicando á usted preceptos de moral, Pacheco; le doy una útil lección de vida práctica. Los políticos sólo ayudan á los que necesitan, ó á los que temen. No lo olvide.

Juan — Es muy desagradable.

Tud. — Pero necesario.

Conde — Así está el mundo.

ESCENA III

DICHOS, ROSA y PEPITO

Rosa (Entrando por la lateral izquierda con Pepito Ledesma) Tanto bueno por nuestra casa, Tudela de mis pecados. Gracias á Dios que se le ve á usted el pelo.

Tud. Lo mismo digo yo, Rosa, porque me estoy quedando calvo á la carrera. ¿Qué cuenta usted, autor dramático?

Pep. Nada de particular, señor Tudela.

Conde ¿Habéis sacado mucho dinero?

Pep. Regular anda la cosa.

Rosa Tenía vehementes deseos de verle, Tudela. He de darle un sablazo.

Pep. El señor Tudela tiene un gran corazón y no se hará de rogar.

Dorita Tía, tú te has propuesto acabar con nuestras amistades

Tud. Si suprimen los adjetivos me dejo sablear.

Pep. Perdone usted, Tudela. Es la fuerza de la costumbre.

Rosa Se trata de poca cantidad, amigo Tudela. No se asuste usted. Cinco pesetas mensuales. ¿Es mucho? Dentro de un mes inauguraré el Asilo y necesito llegar á las dos mil. Tengo ya ochocientas. No pueden ustedes imaginarse los disgustos que cuesta hacer el bien. Y luego no se lo agradecen á una.

Tud. Cuente usted con mi duro.

Rosa Apúntalo, Pepito. (Pepito escribe en un libro de notas.) Gracias, Tudela. No esperaba menos de usted. ¡Me estoy llevando cada desengaño!

Conde Es que tu duro coincide con el nuevo impuesto de inquilinato.

Rosa Yo no me desanimo por eso.

Tud. Hace usted bien. La gente anda mal de dinero, Rosa.

Rosa No es eso. Es que prefieren dar la limosna por la calle para presumir de caritativos. Conozco bien el corazón humano. ¡Me llevo cada sofoquina!

Pep. Nos llevamos.

Conde No te quejes, Rosa, porque tuya es la culpa. ¿Quién te mete á ti en semejantes trotes?

Rosa El amor á los desgraciados y nada más, hermano.

Juan Perdonen ustedes, pero yo tengo que ir á San Carlos...

Conde ¿Ya es la hora?

Juan Sí, falta poco.

Dorita Buena suerte.

Conde Que venga á decirnos el resultado.

Juan Vendré.

Tud. Mándeme cuanto quiera. Tendré mucho gusto en servirle Y no olvide mis consejos.

Juan Su bondad para mí especialmente. Adiós, doña Rosa; adiós, Pepito.

Rosa Adiós.

Pep. Mi felicitación anticipada. Tu triunfo está descontado. Me lo ha dicho un opositor.

Juan Ahora veremos.

Dorita Adiós, Juan.

Conde Que le esperamos.

Juan Hasta luego. (Juan sale lateral izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS menos JUAN

Dorita Tía, estás muy áspera con ese muchacho.

Conde No merece tu desvío, Rosa.

Rosa Es un fatuo; un tonto. Figúrese, Tudela, que el otro día se atrevió á decir que mi Asilo no servía para nada; que la pobreza no se combate con la limosna, sino con el trabajo...

Conde Y tiene razón. Sólo á los inválidos y enfermos se les debe asilar.

Tud. Opino lo mismo, Rosa. Hay que acabar con los pobres mediante el trabajo.

Rosa O ustedes han perdido el juicio, ó lo he perdido yo. ¿Que la limosna es mala? Bueno, no demos limosna. ¿Qué sería de los miles de pobres que hay en Madrid? ¿Quién les daría de comer?

Conde Ayer decía un periódico, yo no sé si será

verdad, que de los venticinco pobres recogidos en las puertas de las iglesias de no sé qué distrito, trece eran propietarios. ¿Te enteras, Rosa?

Rosa Esos son infundios de los periódicos, que mienten más que la *Gaceta*. No quiero discutir. Conste que mi Asilo es una fundación humanitaria. Voy á poner en limpio mis notas.

Pep. ¿Me necesita usted, Rosa?

Rosa No, gracias. ¿Cuento con su duro, Tudela?

Tud. Sí, señora.

Rosa El tal Pacheco sí que es un camastrón. Que se vaya á su pueblo á cultivar las fincas de su padre. Este afán de querer que todos los muchachos sean señoritos, nos llevará á la ruina. Ahí le duele. Estoy en lo firme. A mí que no me digan. Gracias, Tudela. Cuento con su duro. (Sale por la lateral izquierda.)

ESCENA V

EL CONDE, DORITA, TUDELA y PEPITO

Tud. Se va enfadada.

Dorita No lo crea usted; cuando se enfada es otra cosa.

Conde Sí, arruga las cejas, ventea con la nariz, contrae el hocico y echa la cabeza hacia atrás. Una monada.

Pep. Pero le pasa pronto. Sus indignaciones son una tempestad en un vaso de agua. Esta suscripción á domicilio que realizamos en favor de los pobres le costará un año de vida. Porque la toma en serio. Yo, en cambio, me divierto mucho, estudiando tipos para mis comedias.

Tud. ¿Estrena usted muchas este año?

Pep. Las que me dejen.

Tud. ¿Cuántas ha entregado usted en los teatros?

Pep. Ninguna; pero estrenaré cinco ó seis, ya lo verán ustedes. Mire usted, Tudela. Yo recorro los teatros diariamente. A las diez de la noche salgo de casa y á las once estoy de regreso. Diez minutos en el que más, me en-

tero de los chismes, doy coba á los empresarios y fuera. En el teatro, como en todo, vale más llegar á tiempo que rondar un año.

Tud. Buen procedimiento.

Pep. Así estrené cinco obras la temporada última. A cada empresario le doy lo suyo. Y el procedimiento es infalible.

Tud. Está bien eso.

Conde Usted no conoce aún á Pepito. Es un guaja de primer orden.

Pep. Que tengo un poco de experiencia y nada más.

Dorita Es un hombre feliz Pepito.

Pep. Procuro serlo.

Tud. ¿Y á la oficina va usted mucho?

Dorita Si renunció el cargo...

Tud. No sabía.

Conde Pepito es un potentado y un hombre de conciencia.

Pep. Sí, señor; le dejé el puesto á otro muchacho que lo necesitará más que yo, á otro que se encuentre como me encontraba yo hace diez años, cuando vine del pueblo. La mayor parte de los jóvenes españoles no tienen más porvenir que un mísero destino del Estado, ¡el horrible sueldo fijo! ya se lo ganen por oposición ó por influencia solamente.

Conde ¡Dichosos destinos!

Tud. No hay español que no pretenda uno.

ESCENA VI

DICHOS, PILAR y RAMÓN

Ram. (Entra con Pilar, tarareando la Marsellesa en voz baja.) Ta, ta, chin, ta, ta, chin, chin, chin.

Conde Qué revolucionario vienes, Ramoncito.

Ram. Son síntomas de los tiempos. Muy buenas tardes, señores.

Pilar (A Dorita.) Estás preciosa.

Dorita Tú sí que estás guapa.

Pilar Chica, acabo de reirme lo que no tienes idea.

Dorita ¿Sí? Cuéntame.

Pilar Verás. Figúrate que á nuestra prima Asunción y á mí nos hacía el amor el mismo po-

llito. Pepe González, el hermano de Isidro. Tú le debes conocer.

Dorita ¿Uno alto, de bigote rubio, que anda á empujones?

Pilar El mismo. El otro día Asunción vino á verme y me lo contó. Convinimos en burlarnos de él. Es mucho desahogo hacer á dos mujeres el amor al mismo tiempo.

Dorita ¿Pero, y tu novio?

Pilar Mi novio no sabe nada; verás. El pollito le escribió á Asunción pidiéndola una entrevista y Asunción le contestó que esta tarde á las cinco iría á la Casa de fieras. Efectivamente. A las cinco en punto ya estaba nuestro hombre junto á la jaula de los leones. Al verme entrar se quedó helado. Debí hacerle el efecto de una pantera escapada de su jaula. Me saludó por compromiso, sin sospechar nada. Yo entonces le dije, que fiel á mi palabra acudía á la cita que me había dado.—¿Que yo le he dado una cita?—me dijo en el colmo del estupor. Naturalmente; contesté yo muy tranquila. Aquí tiene usted la carta. Y le dí la que él había escrito á Asunción. Al verse cogido, se fué volado, rojo como un tomate. Iba tan ligero que me pareció una jirafa vestida de chaquet gris. ¡No tienes idea de lo que me he reído!

Dorita El lance es particular, pero comprometido. Si tu novio se entera...

Pilar Se reirá mucho, como yo. Además, mi novio y yo nos llevamos muy bien. Cada uno hace lo que le da la gana. A veces nos pasamos dos ó tres días sin vernos. Me dicen que es un juerguista, un mujeriego... Puede que sea verdad. Ya sentará la cabeza cuando se case. Yo le quiero, no obstante, con toda mi alma, porque tiene muchísimo salero y patina muy bien y monta á caballo admirablemente, y porque me gusta, ¡eal

Dorita Si después de casado se enmienda, todo irá bien; porque si no...

Pilar En eso confío. Si siguiera haciendo la misma vida me separaría de él en el acto.

Dorita Eso se dice fácilmente, Pilar.

Pilar Yo lo haría como lo digo.

Ram. De secretillos, ¿eh?

Dorita No, hablamos de...

Pilar De cosas sin importancia.

Ram. Dame un abrazo, Dorita. Eres el vivo retrato de mi hermana, que en paz descanse. ¡Si la pobre resucitara y te viera tan hermosa!

Dorita Tío, por Dios.

Conde Oye, Ramón. ¿Cómo van las obras de la calle de Lista?

Ram. ¿No sabes? Paralizadas.

Conde Por la lluvia.

Ram. Por la huelga. Hace una semana que los obreros se declararon en huelga.

Conde ¿Pedían aumento de salario?

Ram. Eso hubiera sido una causa justa, hasta cierto punto, porque les pago bien. El motivo es capaz de indignar á un santo. El sábado último fué Gutiérrez, mi administrador, á visitar la casa. En un despacho Luis XV, precioso, acabado de hacer, notó que un obrero había tenido la comodidad de calentarse el almuerzo en la chimenea. Se enfadó como es natural. Llamó al maestro de obras, averiguaron quién era el autor y lo pusieron en la calle. Aquel día no pasó nada. Pero al siguiente, por solidaridad con el obrero despedido, los restantes se declararon en huelga.

Conde ¡Qué cosas pasan.!

Tud. Perdóneme usted, Ramón. He creído oir... no sé si seré indiscreto.

Ram. No, hombre.

Tud. En este caso concreto, tiene usted razón. Es un abuso Pero en la mayoría de los casos tienen razon los obreros. La solidaridad es su arma de defensa.

Ram. Pues con ello sólo consiguen que se paralice todo. He de participar á ustedes que el capital emigra. Yo mismo tengo la mayor parte de mi fortuna empleada en valores extranjeros.

Tud. Con el debido respeto le diré que esa conducta me parece poco patriótica.

Ram. ¿El patriotismo? Bueno. Cada cual se defiende como puede. A mí me ha costado mucho ganar el dinero que tengo para que me exponga á perderle en cualquiera algarada.

ESCENA VII

DICHOS, ANTONIO é IRIGOYEN

Ant. (Lateral izquierda.) Buena tertulia nos espera, Irigoyen.

Irig. Tengan muy buenas tardes los señores.

Conde Hola, Antoñito. Muy bien venido, señor Irigoyen. ¿Dónde se mete? Viene usted muy poco por esta casa.

Irig. Por no molestar, señor.

Conde ¿Cómo molestar? Esta casa es suya y en ella será usted siempre muy bien recibido.

Irig. Tenía que ver á mi señora doña Rosa, su hermana, y por eso me atreví...

Conde Cállese usted ó me enfado. Le voy á presentar á usted á dos excelentes amigos míos: don Jorge Tudela...

Irig. Señor...

Conde Don José Ledesma.

Irig. Muy señor mío...

Pep. Le conocía á usted de oídas, señor Irigoyen. Sé que es usted un luchador victorioso que ha conquistado en América una gran fortuna.

Irig. Cuatro cuartos, señor.

Conde No. Una gran fortuna. Irigoyen nació de una familia modesta, allá en Oñate. A los quince años se fué al Paraguay. Primero trabajó como aprendiz en una tienda; por su laboriosidad y honradez llegó á ser el jefe de la casa. Con los ahorrillos hechos se unió á otro paisano y explotó el negocio del mate. Cuando aumentó el capital comerció por cuenta propia. ¿No es así?

Irig. Así es, señor Conde. ¡Cuántas fatigas y sudores he pasado!

Conde Más tarde, de negocio en negocio, llegó á ser uno de los más acaudalados propietarios de la República. Y aquí lo tienen ustedes ahora en Madrid viviendo como un príncipe.

Irig. ¡Je! ¡Cómo un príncipe! Si tuviera salud. Estoy enfermo, señor Conde. Tengo un catarro crónico que me consume las fuerzas.

Ahora que tengo cuanto soñaba para gozar de la vida, es probable que me falte lo principal: la vida.

Tud. Tiene usted muy buen aspecto.

Ant. Eso son escrúpulos, Irigoyen.

Dorita Si parece un hombre muy sano.

Irig. ¡Ojalá! En fin, sea lo que Dios quiera. ¿Y mi señora doña Rosa?

Pep. Está en su despacho. ¿Quiere usted verla?

Irig. Lo estoy deseando.

Pilar Yo les acompaño. Hace una semana que no veo á la tía.

Irig. Vuelvo en seguida. (Salen lateral derecha Pepito, Pilar, Irigoyen y Ramón.)

ESCENA VIII

DORITA, el CONDE, TUDELA y ANTONIO

Conde ¿Dónde pasaste ayer la tarde, Antoñito?

Ant. En los toros. ¡Ha sido una gran corrida! Le han dado una oreja á *Machaquito* y otra á Pastor.

Tud. ¡Qué vergüenza!

Ant. ¿Cómo? ¿También tiene usted el mal gusto de ser enemigo de los toros?

Tud. ¿El mal gusto dice usted? Repito que es una vergüenza. Coge usted el periódico y toreros en la primera plana y en la segunda y en la tercera. Columnas y más columnas relatando las proezas del Taleguilla Chico y de toda esa patulea de toreros. ¡Y á los sabios que los zurzan!

Conde Yo ya no voy á la plaza porque estoy hecho un carcamal; pero á mí las corridas de toros me han parecido siempre una fiesta bonita.

Tud. A mí me parece bárbara, mi querido Conde, y no censuro la fiesta en sí, sino el exclusivismo de la gente. Está bien que se hable de toros: pero muy mal que sólo se hable de toros.

Ant. Somos un país de escépticos.

Tud. Lo que somos es un pueblo triste, mitad por herencia y mitad por falta de recursos. Y como somos tristes, se nos come la envi-

dia, que es el dolor ruin que engendra el bien ajeno.

Conde Vamos á mi despacho, Tudela. Poseo un códice magnífico que deseo enseñarle.

Tud. ¿Y lo tenía usted tan callado?

Conde Sí, amigo mío. (En tono confidencial.) Nos agradecerán que les dejemos un ratito solos. (Por Dorita y Antonio.)

Tud. Es verdad. El amor tiene sus exigencias. ¿No hay peligro?

Conde ¡Quiá! Son muy buenos chicos. Además, en ese espejo que tengo colocado en mi despacho se refleja cuanto pasa en esta habitación.

Tud. Oiga, Conde. Por si acaso yo pondría un tapiz en el espejo.

Conde (Jovial.) ¿Un tapiz? Tiene gracia. ¿Para qué? El respeto es el mejor guardián de los enamorados. No sea usted malicioso, son buenos chicos. (Salen lateral izquierda.)

ESCENA IX

DORITA y ANTONIO

Ant. ¿Qué tienes?

Dorita Estaba deseando hablar á solas contigo.

Ant. Y yo.

Dorita ¿Qué ha sido de ti estos días?

Ant. Lo de siempre.

Dorita He de participarte que me desagrada mucho tu conducta.

Ant. Dora mía. ¿No sabes que te amo?

Dorita Déjate de palabras. A mí no me engañas con frases hechas. Tu conducta me enoja. Tres días sin parecer por aquí. ¿Has estado enfermo? No; no has estado enfermo, porque yo lo hubiera sabido.

Ant. No estuve enfermo.

Dorita Entonces hemos corrido una bacanal. Me lo sé de memoria de otras veces. Todo un día sin dormir, ó dos. Después, veinticuatro horas en la cama. Y á mí que me parta un rayo... Pues has de saber que, ó modificas tu vida, ó rompemos nuestras relaciones. Estoy

decidida. Si eso es ahora, ¿qué sería después de casados?

Ant. Ahora es cuando puede tener alguna justificación. Reflexiona, bien mío. ¿No comprendes que son cosas de la edad? Compromisos. Se empeñan los amigos y uno es débil...

Dorita Pues se acabaron los amigos y las debilidades. Si persistes en tu desenfreno no vuelvas más por aquí. Y si vuelves te recibirá mi padre. A mí no me verás más.

Ant. Piensa, Dorita, que...

Dorita Lo he pensado bien. A mí no me pones tu en ridículo. Yo aspiro á casarme con un hombre que me quiera y no con un señorito á la moda. Ya lo sabes.

ESCENA X

DICHOS, GENOVEVA y ARTURO

Gen. (Entrando con Arturo por la lateral izquierda.) Hola, parejita. ¿Cómo estáis? Pienso que llegamos inoportunamente.

Dorita No lo creas. Ya nos lo tenemos dicho todo. ¿Qué cuentas, Arturo?

Art. Lo que tú digas, Dorita.

Gen. ¿Y tu madre, Antonio?

Ant. Está mejor, Genoveva. Muchas gracias. Y tú, bizarro teniente, ¿qué dices?

Art. Lo que tú digas, Antonio.

Gen. El bizarro teniente parte mañana para la guerra. Viene á despedirse.

Dorita ¡Tan joven!

Ant. ¿Estás animoso?

Art. Ya lo creo, no ambiciono otra cosa.

Gen. Irá á cumplir con su deber, á sacrificarse por la patria, si es preciso. Como su padre, como su abuelo... Muchas lágrimas me cuesta, pero es preciso.

Ant. Es un deber sagrado.

Dorita Un gran sacrificio.

Art. Yo lo cumplo con alegría.

Gen. Y yo te lo consiento con dolor. No tengo á

nadie más que á ti en el mundo. Y si te perdiera...

Dorita ¡Quién piensa en eso!

Ant. ¡Bah! Volverá triunfador, con la laureada en el pecho.

ESCENA XI

DICHOS, el CONDE, TUDELA, IRIGOYEN, PEPITO y RAMÓN

Conde (Entrando con Tudela por la lateral izquierda.) Genoveva de mi vida. ¿Como estás?

Gen. Bien. ¿Y tú, patriarca?

Conde Ya lo ves. Renqueando como de costumbre. ¿Y el pollo?

Art. Bien.

Conde ¿Tienes muchas novias?

Art. Algunas.

Conde Hombre, algunas. ¡Eres tremendo! (Confidencialmente) A tus años yo también tenía algunas.

Pep. (Entra por la lateral derecha con Irigoyen y Ramón. A Dorita.) Es un hombre extraordinario. Un corazón de oro. Se ha inscripto en la lista del Asilo con mil pesetas al mes.

Irig. El hambre es muy negra, señor. ¡Muy negra! Debemos pensar en los que sufren, en los desgraciados. Mientras existan centenares de seres sin comer, no tenemos derecho á ser ricos. Porque lo que nos sobra á nosotros les hace falta á los demas.

Dorita Es usted un santo.

Irig. ¡Pobre de mí!

Ram. ¿Dónde va usted ahora, Tudela?

Tud. No tengo rumbo fijo.

Ram. ¿De veras?

Tud. El Evangelio.

Ram. ¿Quiere usted venir conmigo?

Tud. ¿A dónde?

Ram. Al Salón Matritense.

Tud. ¿Es un cine?

Ram. Sí, hay una morena, la Bella Sultana, que quita el hipo.

Tud. ¿Guapa, eh?

Ram. De lo mejor.

Tud. ¿Y trabaja ahora?

Ram. (Consultando el reloj.) Sí, dentro de diez minutos. En la sección de las siete. Abajo tengo el automóvil.

Tud. Andando, pues.

Ram. En marcha. (Al Conde.) Hasta luego, tú; luego vendré por Pilar.

Conde ¿Dónde vas?

Tud. Vamos al salón...

Ram. Al salón de conferencias. Tenemos que sumarnos á una comisión...

Conde Id con Dios. ¡Ah! Y no hagais mucho el burro.

(Tudela y don Ramón se despiden de los demás.)

Irig. Si no me manda nada el señor Conde...

Conde ¿Pero se va usted ya?

Irig. Presto, señor. Es ya tarde para mí. La humedad me hace mucho daño.

Conde Que venga usted pronto.

Irig. Con el mayor placer, señor.

Pep. Hasta mañana, Conde.

Conde Recuerdos á María.

Pep. De su parte.

(Salen lateral izquierda Tudela, Ramón, Irigoyen y Pepito.)

Ant. Yo también me voy.

Conde Recuerdos á tu madre, Antonio.

Ant. Los agradecerá mucho. Hasta mañana.

Conde Adiós.

Ant. A seguir bien, Genoveva. Un buen viaje y mucha suerte, Arturo.

Art. Gracias, Antonio.

Ant. (A Dorita.) ¿Hechas las paces?

Dorita Depende de tu conducta.

Ant. Entonces hechas. (Antonio sale lateral izquierda.)

ESCENA XII

DORITA, GENOVEVA, CONDE, ARTURO y después JUAN

Conde ¿A qué hora sale el tren?

Art. Mañana á las diez.

Conde Bajaremos á la estación á despedirte.

Art. Muchas gracias.

Gen. ¿Para qué molestarse?

Dorita No faltaba más. Con muchísimo gusto. Ya lo sabes, Genoveva.

Gen. Sois muy buenos para mí. Vamos á saludar á Rosa. Me despido ya de vosotros.

(Entra Juan lateral izquierda.)

Conde Os acompañaremos.

Juan ¿Iban ustedes á salir?

Conde ¿Es usted, Juan? Perdona, Genoveva. Nos quedamos. Lo dicho: hasta mañana.

Dorita Hasta mañana.

Gen. Adiós.

Art. Estás muy guapa.

Dorita Tú sí que estás hecho un buen mozo, Arturo. (Salen lateral derecha Genoveva y Arturo.)

ESCENA XIII

DORITA, el CONDE y JUAN

Conde Buenas noticias, ¿eh?

Juan No señor, adversas.

Conde ¿Adversas?

Juan Sí; he sido derrotado.

Dorita ¿Usted? ¿Pero es posible?

Conde Nunca lo creyera.

Dorita Ni yo tampoco. Porque no lo pensé nunca.

Juan Así es. Al oir el fallo del tribunal sentí esta tarde la impresión más honda de mi vida. El primer impulso fué de indignación, de cólera. Tenía necesidad de gritarle al Tribunal: ¡Ese fallo es una infamia! ¿Para qué? De sobra lo saben ellos.

Dorita ¿Pero cómo se explica?...

Conde Porque según nuestros informes, sus ejercicios estaban muy por encima de los hechos por los restantes opositores.

Juan Desgraciadamente no han fallado quienes tan cariñosos juicios formulaban de mí. El público que asistió á las oposiciones me consideraba como el vencedor. Ya lo han visto ustedes. Solo he tenido dos votos. ¡Dos! Los dos por recomendación. El de su primo Castellano y el de Pedrosa, á quien me recomendó el señor Tudela media hora antes del fallo. ¡Es para volverse loco!

Conde Calma, Juan. ¡Por Dios! No se desespere usted. No hay para tanto, hombre.

Juan ¿No ha de haber..? ¿Usted sabe lo que son tres años de lucha, de privaciones, de estudio constante, sin alegría, sin afectos, solo en este Madrid, pensando en el día de hoy, porque señalaba la meta de tanta amargura, y encontrarse de improviso con las ilusiones rotas, el alma desgarrada por la injusticia y acobardada la voluntad por lo brutal del desengaño?

Conde ¿Y quién ha sido el victorioso?

Juan El hijo de un catedrático de la Facultad. Un muchacho que tiene más de veinte suspensos en la carrera y que aprobaba siempre por la influencia de su papá. Sabe muy poco. Y, sin embargo, me ha vencido. ¿No ha de haber motivo para desesperarse?

Conde No.

Juan ¿Qué pensarán mis padres de mí? ¡Mi pobre madre, que me defendió siempre contra los ataques de los envidiosos y de los murmuradores y que esperaba también este día para cantar victoria! Ya estoy viendo á todos mis detractores, allá en el pueblo, cebándose en la noticia de mi derrota. ¡Qué festín de alegría les voy á proporcionar!

Dorita ¡Cuántas maldades cometen los hombres!

Conde La vida, Juan, es más tristeza que bienestar. No nos educan para el dolor, sino para las ilusiones. En los momentos difíciles es cuando se prueba el temple de las almas. Usted tuvo la gallardía de encararse con la sociedad, de declararse autónomo, de aprestarse á la pelea, y para mantenerse en esa actitud es necesario que no tenga usted un solo momento de debilidad. Debemos sobreponernos desde el primer instante á las amarguras y mantener á todo trance el espíritu sereno.

Dorita Tiene razón papá. Es usted muy joven, posee un claro talento, cultura, y llegará á donde se proponga. Su dolor es fácil que sólo despierte la risa del prójimo. ¡Que en las horas de hiel son muy pocos los afectos leales!

Juan Yo comprendo la noble intención de ustedes. Gracias con toda mi alma. No olvidaré nunca este momento, en el que llega á mí el cariño de ustedes como sol entre tinieblas. Pero reconozcan que mi situación es excepcional. Porque esta injusticia da la razón á mis detractores, y es doblemente desconsoladora.

Conde Piense usted solo en sí mismo y considere un accidente la derrota de hoy, que será el triunfo en un porvenir próximo. Todos hemos pasado nuestra calle de amargura. A la muerte de mi padre yo heredé un título honroso, de los más preclaros de la nobleza castellana. Pero quedé arruinado. Peor, porque me declaré responsable de las muchas deudas que él dejó. Hábiles administradores habían hecho su agosto. No me apuré por eso. Un día embarqué para la Argentina, trabajé con fe, pasé penalidades, vencí... A los dieciséis años regresé á España, y todas las deudas quedaron pagadas. De nuevo estaba sin dinero, y por segunda vez corrí en busca de la fortuna, y la fortuna no se mostró esquiva á mis solicitudes. Porque la suerte, en algunas ocasiones, podrá ser hija del azar; pero en la mayoría lo es del trabajo y del talento.

Dorita No se acobarde usted, Juan.

Juan Es verdad. Debo empezar de nuevo, con mayores ímpetus y esperanzas.

Conde Ese es el camino. En todos los órdenes de la vida se cometen infamias semejantes. Ello es muy humano, Pacheco. Váyase ahora á descansar y mañana almorzaremos juntos. Charlaremos tranquilamente.

ESCENA XIV

DICHOS, ROSA y PILAR. Entran lateral derecha. Pilar se acerca á Dorita y Rosa sigue atenta el curso de la conversación

Juan Vendré. Ahora salgo tranquilo. Pero esta noche de nuevo volverá la desesperación á tor-

turarme. Estoy seguro. ¡Pobre madre mía! ¡Cómo sufrirá al saberlo!

Pilar (A Dorita en voz baja.) ¿Qué ocurre?

Dorita (Abrazándola llorosa.) ¡Una infamia! Que le han hecho una infamia.

Conde Lo dicho. ¡Calma, serenidad y hasta mañana! Si no tiene usted seguridad en sí mismo, váyase al teatro y distráigase. Nada de sensiblerías. Voluntad y soberbia. Cuando se restablezca el equilibrio ya volverá usted á ser humilde si le place.

Juan Adiós, pues.

Dorita Adiós, Juan.

Pilar Siga usted bien.

Conde (Abrazándole.) Adiós, amigo mío. Amigo de verdad. Quizá sea la herida que acaba usted de recibir el cimiento de su felicidad. Que la ventura llega hasta nosotros por muy ocultos caminos.

Juan Adiós. (Sale lateral izquierda. Pausa.)

Conde ¡Pobre muchacho!

Dorita ¡Ay, Pilar de mi vida!

Rosa ¿Qué tienes?

Conde ¿Qué es eso? Lloras?

Dorita Sí, papá. Me he impresionado mucho. Vamos, Pilar. Ven á mi cuarto. (Salen lateral izquierda.)

Rosa Que no llores.

ESCENA XV

ROSA y el CONDE

Conde Déjala. Son lágrimas de ternura que no hacen daño.

Rosa Y todo porque le han dado calabazas al extremeño, de quien siempre pensé que era un vanidoso.

Conde No digas simplezas, Rosa. Es todo un hombre, digno, trabajador como el que más. Muy bueno; pero sin suerte.

Rosa ¿Sin suerte?

Conde Tú me dirás.

Rosa Pues yo opino todo lo contrario. Porque si

bien es cierto que hoy ha perdido la cátedra, ha ganado en cambio algo que vale más; algo que es un tesoro.

Conde ¿Qué?

Rosa ¿No lo has visto? El corazón de Dorita. ¡Y esa sí que puede ser su verdadera felicidad!

TELON

ACTO SEGUNDO

Despacho de Rosa, en el palacio del Conde de España. Puerta al foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA

ROSA y PEPITO

Al levantarse el telón, Rosa escribe en la mesa de su despacho

Pep. (Entrando por la lateral izquierda.) Buenos días, Presidenta.

Rosa Celebro en el alma que vengas tan pronto. ¿Estuviste en el asilo?

Pep. Acabo de llegar.

Rosa ¿Sin novedad?

Pep. Sin novedad. Los asilados gozan de una salud perfecta. Allá me dejé á Pacheco que no descuida un detalle para velar por la higiene.

Rosa Se ha portado muy bien ese muchacho.

Pep. Y tanto. Como que sin él no sé dónde hubiéramos ido á parar. Su conducta es admirable, no sólo como médico, sino como hombre. No cabe mayor desinterés; ni mayor abnegación. Bien debe usted estarle agradecida.

Rosa ¡Lo que son las cosas de este mundo! A mí me era profundamente antipático y ahora le quiero como si fuera hijo mío.

Pep. Un hijo no hubiera hecho más por usted y por sus pobres.

Rosa Durante la epidemia, el día que yo saqué fuerzas de flaqueza y estuve en el Asilo, quedé admirada. Había que verle metido entre los enfermos, atendiéndoles con solicitud y siendo á la vez su médico y su amigo. Yo salí asqueada y aprensiva. Aun ahora cuando oigo hablar de tifus me sobresalto.

Pep. Afortunadamente ya pasó el temporal.

Rosa ¡Buenas novenas á la Virgen me ha costado!

Pep. Y buenos miles de pesetas á Irigoyen.

Rosa También ese pobre indiano merece nuestra gratitud. He pensado colocar su busto sobre un sencillo pedestal en el jardín del Asilo.

Pep. Se volverá loco de alegría. Debe usted hacerlo. Y de paso le sacaremos unos miles de pesetas más.

Rosa Se pagará con creces el busto.

Pep. Y el pedestal. Así como así no tiene más que sobrinos lejanos que le hereden... La recaudación de este mes va muy bien. Cerraremos el presupuesto del año con superavit.

Rosa ¿Qué sueldo te parece que le asignemos á Pacheco como médico del Asilo?

Pep. ¡No sé!... Más que yo como secretario, no creo deba tener...

Rosa Esa es mi opinión.

Pep. Le podemos dar eso... tres mil pesetas... digo, me parece.

Rosa Está bien pagado. Hay que tener presente que nuestros ingresos son pocos y muchos los gastos. Cincuenta duretes al mes son un bonito sueldo y más para él que anda mal de cuartos. ¿Qué cobra por la cátedra de Higiene que explica en la Academia Internacional?

Pep. Dos mil pesetas. Bien puede darse con un canto en los pechos porque le hacemos un favor.

Rosa Cuestión resuelta. Le daremos cincuenta duros.

Pep. Y de sus amores con Dorita, ¿sabe usted algo?

Rosa Ni una palabra.

Pep. Me han dicho..., yo no sé si seré indiscreto, que les han visto hablar algunas mañanas por Recoletos, en compañía de la miss.

Rosa Es probable. Pero la cosa carece de importancia. Dorita va por los mañanas á oir misa á San Pascual. Es fácil que se hayan encontrado... No creo que exista nada entre los dos.

Pep. Dorita es muy reservada.

Rosa Sí, pero conmigo no guarda secretos.

Pep. Como sabe usted que tenía ojeriza á Pacheco...

Rosa Ni así. Dorita y su padre se lo guisan y se lo comen todo. Que á mi me parezca bien ó mal una cosa, como que pueda aprobarla ó censurarla el mundo entero, no influye para nada en sus determinaciones. Esta condición es de familia. A independientes no nos gana nadie.

Pep. Y hacen ustedes muy bien. La caridad bien entendida empieza por uno mismo A propósito. Se me olvidaba lo más importante. Anoche hablé con el Ministro de la Gobernación en el Real. La enhorabuena, Rosa.

Rosa Acaso...

Pep. Creo que conseguirá usted sus propósitos. La abnegación y la filantropía demostrada por usted en la extinción de la epidemia del Asilo merecen una recompensa oficial. Tendrá usted la Cruz de Beneficencia.

Rosa ¡Por fin! Era mi sueño dorado.

ESCENA II

DICHOS é IRIGOYEN por el foro

Irig. Tenga muy buenos días mi señora doña Rosa. ¿Le va bien?

Rosa De perlas. ¿Y usted?

Irig. Medianejo. ¿Está usted bueno, Pepito?

Pep. Muy bien, Irigoyen. A sus órdenes siempre. ¿De qué se queja usted, Irigoyen, sepamos?

Irig. Del pecho, amiguito. Tengo un catarro crónico que no me deja respirar. Soy hombre al agua.

Rosa ¡Vamos, hombre! Si tiene usted una cara que da gusto verle.

Irig. No; si de la cara no me quejo, señora. Es del pecho que no me deja sosegar por las noches ni respirar á mis anchas durante el día. Hay veces que me ahogo.

Rosa Eso se le pasará pronto.

Irig. No diga. Hace seis meses que me afirman lo mismo los doctores y cada día estoy peor. Todo son botonazos de fuego en el pecho y en la espalda y recetas.. Pamplinas. Cada día peor.

Pep. No sea usted pesimista, Irigoyen, curará usted y totalmente. Un catarro nunca fué una enfermedad grave. Usted se encuentra en la plenitud de la vida. Aun tiene usted que realizar grandes empresas y meritísimas obras de bien.

Rosa Nuestra gratitud será eterna, amigo mío. Gracias á su generosidad vencimos la epidemia en mi Asilo. Usted nos facilitó cuanto hacía falta para ello. Es usted un hombre ejemplar. En la próxima Junta pienso proponer que perpetuemos nuestro reconocimiento de alguna manera eficaz. He pensado levantar un pedestal en el centro del jardín del Asilo para colocar el busto de usted. Y junto al pedestal, plantaremos rosales.

Irig. ¡Por Dios señora! Yo no merezco... Además, á mí me repugna la exhibición. Le ruego que desista de su empeño. ¿Qué diría la gente al ver mi busto?

Pep. Alguna señora puede que dijera algo, pero nadie más.

Rosa Sus escrúpulos son muy naturales, Irigoyen, y demuestran la generosidad de su alma. No se hable más del asunto. Es cosa mía. Usted es un verdadero protector del Asilo y centenares de desgraciados le deben á usted la existencia y el pan que comen. ¡Quién sabe si todavía tendremos que abusar de su grandeza de corazón alguna vez!

Irig. Siempre que ustedes quieran. Cuanto tengo será para los necesitados y para ayudar á los que luchan sin medios de fortuna. Los

hombres no seremos hermanos hasta que todo no sea de todos.

Rosa ¡Es usted admirable!

Pep. Un santo, Irigoyen A usted no le rezarán en los altares ni figurará su nombre en los calendarios; pero usted dejará de su paso por el mundo una estela de luz. Se parece usted á esos millonarios yanquis que construyen universidades y asilos...

Irig. ¡Je, je! Callen ustedes, que me pongo colorado. Yo no soy más que un infeliz que quiere vivir en paz y morir tranquilo.

Rosa Sepa usted que hemos atendido su recomendación en favor de Pacheco y que le daremos tres mil pesetas anuales como médico del Asilo.

Irig. ¡Cuánto se lo agradezco á ustedes! Es una buena obra ayudar á ese muchacho.

Pep. No es un cargo necesario; pero á usted no podemos negarle nada.

Irig. Repito las gracias.

Rosa Venga usted mañana y le enseñaremos los planos del nuevo pabellón que pensamos construir, para niños, y el proyecto de los baños. Necesito de su consejo.

Irig. Le traeré un cheque que será lo mejor.

Rosa ¡Es usted admirable!

Pep. ¡Qué grandeza de espíritu!

ESCENA III

DICHOS y DORITA

Dorita (De mantilla, por el foro.) Hola, Pepito. Irigoyen de mi alma... Dos días sin verle.

Irig. Estuve en Toledo, mi princesita.

Dorita ¿Le ha gustado? ¿Le trataron á usted bien?

Irig. Me gustó mucho, y las personas á quien ustedes me recomendaron estuvieron muy amables conmigo.

Dorita Lo que usted merece. Oye, Pepito. ¿Y María?

Pep. Ahora tengo que ir por ella.

Dorita Anda, hombre, que también hace días que no la veo.

Pep. (Consultando el reloj.) Las doce. Corro en su busca. Hasta pronto; vuelvo en seguida.

Irig. Adiós.

Dorita Hasta luego.

ESCENA IV

ROSA, DORITA y luego el CONDE

Irig. ¿Y Pacheco, qué es de él?

Rosa No tardará en venir.

Conde (Por la lateral izquierda con varios telegramas en la mano.) Buenos días.

Irig. Felicidades, mi amado Conde. (Irigoyen se acerca al Conde, le ofrece un brazo y le acompaña hasta una butaca. El Criado se retira por la lateral izquierda.)

Conde Gracias, amigo mío.

Rosa (Al Conde.) Tienes un aspecto magnífico.

Conde Así, así.

Dorita Magnífico, papá.

Conde Hola, hija mía. ¿Cómo no has entrado á verme?

Dorita Acabo de llegar en este instante.

Conde Mire usted, Irigoyen. Un telegrama del Obispo auxiliar de Toledo, felicitándome en nombre del Cardenal, del que usted ha venido tan entusiasmado

Irig. ¡Qué humildad y qué unción tiene ese hombre!

Conde Es un verdadero pastor de almas. También me han telegrafiado felicitándome la tía Mercedes, Fernando, los Obispos de Jaca y Tortosa, nuestro primo Enrique y varios amigos más. De cartas hay un montón. (A Dorita.) Tú me ayudarás á leerlas.

Dorita Con mucho gusto.

Conde Me ha escrito también Genoveva excusándose, la pobre. Hace mal. Si sigue así se volverá loca. No sale de casa y se pasa el día llorando.

Irig. Fué un golpe terrible, señor, la muerte de su hijo.

Rosa ¡Era la única ilusión de su vida!

Dorita Un muchacho tan bueno.

Conde Todos lo sentimos mucho, pero murió como un valiente derramando con heroísmo su sangre por la patria.

Dorita ¡Es su pesar tan hondo!

Conde Yo creo que estamos en el deber de distraerla, de procurarla una cristiana resignación. Rosa, ¿por qué no vas á verla? Yo no puedo porque tengo que atender á las visitas.

Rosa Con mil amores...

Conde Anímala. Tú eres muy persuasiva.

Rosa Lo intentaré. Ama la soledad como el náufrago su tabla. No creo conseguirlo. Es tan grande su dolor... Ya veremos. ¡Pobre Genoveva! (Mutis lateral derecha.)

ESCENA V

DORITA, el CONDE é IRIGOYEN

Conde ¿Sabes quién está en Madrid, Dorita? Te alegrarás cuando te lo diga.

Dorita ¿Quién?

Conde Tudela. Almorzará con nosotros. Viene fantástico, chiflado, con sus explotaciones agrícolas. Ya verás.

Irig. Yo también celebro que haya venido, tengo que hablar con él de un asunto que me interesa.

Conde ¿De los aceites andaluces, eh?

Irig. Justo.

Dorita Bueno, mientras ustedes hablan de negocios yo voy á quitarme la mantilla.

Irig. Es una lástima, porque está usted muy hermosa con ella.

Dorita Me favorece mucho.

Irig. Perdone. No la perjudica como los sombreros de moda.

Dorita Abajo los sombreros.

Irig. Abajo.

(Dorita hace mutis por la lateral derecha.)

ESCENA VI

El CONDE é IRIGOYEN

Irig. ¡Es un tesoro su hija, Conde!

Conde Muy buena. Piensa siempre con el corazón. ¿Y esos negocios?

Irig. Cada día mejor. La fábrica de jabones prosperando, y los almacenes de cajas para la exportación, admirablemente.

Conde Es usted un hombre de acción. Yo también lo he sido. Nuestro país necesita hombres así, audaces, fuertes, emprendedores.

Irig. Yo quería retirarme de los negocios, pero sería un cargo de conciencia permanecer inactivo. Aquí hacen falta hombres que implanten industrias y que cultiven la tierra. ¡Somos tan pobres, Conde!

Conde Es exacto. Y la riqueza sólo se conquista con el trabajo. El miedo á los negocios, que es la ignorancia de los mismos, mantiene á muchos de nuestros capitalistas alejados de las grandes explotaciones nacionales. Todo viene de fuera. Esta falta de confianza en nosotros mismos, puede llevarnos á la ruina.

Irig. ¡Ni siquiera hace en nosotros el egoísmo las veces del amor á la patria!

Conde Nos domina un feroz individualismo que sólo puede combatirse por medio de la cultura.

Irig. Y del civismo, Conde, del verdadero patriotismo.

ESCENA VII

El CONDE, IRIGOYEN, JUAN y luego FRANCISCO

Juan (Lateral izquierda.) Felicidades, Conde. ¿Cómo se pasa el día?

Conde Admirable, señor catedrático.

Juan (A Irigoyen.) ¿Y ese pecho?

Irig. Hoy se porta bien. Apenas he tosido.

Juan Bravo. Así me gusta; verle á usted animoso. ¿Y Dorita?

Conde Ahora vendrá.

Fran. (Lateral izquierda.) El señor Gutiérrez Cabrero.

Conde Que pase á mi despacho. Voy en seguida. (Sale Francisco.) ¿Ustedes quieren tomar un vermouth?

Irig. Yo no acostumbro. Gracias. Tengo bien el estómago.

Juan A mí me sobra apetito. Desde las siete de la mañana que estoy trajinando.

Conde No insisto. Aquí les dejo. Ustedes son de confianza. Voy a ver á ese amigo.

ESCENA VIII

IRIGOYEN y JUAN

Irig. Venga acá el amigo. Tengo una buena noticia que darle.

Juan ¿De qué se trata?

Irig. Se trata de usted, amigo mío, por quien de veras me intereso.

Juan Gracias, Irigoyen. Ya sabe que muy sinceramente le correspondo.

Irig. Ya lo sé. Es usted uno de los pocos hombres leales que he conocido.

Juan Mis disgustos me cuesta. Pero vamos á lo interesante; que me tiene usted en ascuas.

Irig. He hablado con doña Rosa.

Juan ¿Y qué?

Irig. Le nombran á usted médico del Asilo con tres mil pesetas anuales de sueldo.

Juan Gracias de todo corazón, Irigoyen. Dada mi situación, vienen de perlas.

Irig. Para un hombre solo, joven, de porvenir, no es un grano de anís lo que usted gana.

Juan Indudablemente. ¡Como que ya puedo casarme! Todo llega en este mundo. ¡Todo! ¡Qué contento estoy! Y le debo á usted gran parte de mi alegría.

Irig. Se la debe usted á usted mismo.

Juan ¡Ya puedo casarme! El día que ahorre lo necesario para comprar el material de la clínica, me establezco y me caso.

Irig. Si no es más que por eso...

Juan ¿Qué dice usted?

Irig. Que si no es más que por eso, cásese usted mañana. El material necesario para que usted se establezca será mi regalo de boda.

Juan Usted es un hombre excepcional, Irigoyen. No encuentro palabras, es que no sé cómo demostrarle mi gratitud. Me abruma usted. Su generosidad parece un sueño.

Irig. Las buenas acciones debemos hacerlas por propio impulso y si es posible antes de que se nos pidan como favor. La súplica es una humillación si no se dirige á un hombre de conciencia.

Juan Pienso como usted. En mi alma estará mientras viva el recuerdo de su nobleza de espíritu, porque acciones tan generosas sólo se pagan con cariño eterno.

Irig. Le tengo á usted simpatía. Su vida se parece mucho á la mía. Yo también me afané solo y en tierra extraña por conseguir una fortuna. Mire, el primer millar de pesos que ahorré me produjo una borrachera de contento. Cuando salí del Banco con mi documento en el bolsillo de la americana, se me antojó que tenía en mi poder el talismán de los negocios. Y así fué. Aquello era sobriedad, honradez y trabajo; y luego con sobriedad, honradez y trabajo, conseguí millones.

Juan Su vida me servirá de ejemplo, Irigoyen.

Irig. A usted le sobran méritos para llegar á donde se proponga.

ESCENA IX

DORITA, IRIGOYEN y JUAN

Dorita (Lateral derecha.) ¿Estás tú ahí? (Por Juan y sin reparar en Irigoyen.)

Juan Aquí me tienes.

Dorita ¿Cuándo has venido?

Juan Hace un momento.

Dorita No lo sabía.

Juan Ya pregunté por tí y me dijeron...

Irig. Con permiso de ustedes. Yo voy á ver unas revistas americanas.

Dorita No se vaya usted, Irigoyen.

Irig. Regreso pronto. Es cuestión de un momentito. Son diez ó doce revistas nada más. Ahora regreso. (Mutis lateral izquierda.)

ESCENA X

DORITA y JUAN

Dorita Ese hombre es un ángel.

Juan Muy bueno. ¿No sabes?

Dorita ¿A qué te refieres?

Juan ¡Estoy tan contento!

Dorita ¡Habla de una vez!

Juan Ya hace días que lo tenía descontado y no obstante me parece una quimera ¿A qué he de referirme? A nuestro ideal que se realiza.

Dorita ¿Qué dices?

Juan Verás. Tú no ignoras cuanto yo hice desinteresadamente y sólo con el deseo de ser útil á tu tía durante la epidemia del Asilo.

Dorita No me lo recuerdes, que pasé unos días horribles.

Juan Pues bien. Por recomendación de Irigoyen, que se gasta un dineral en el Asilo, me van á nombrar médico del mismo. Con este nuevo sueldo ya podemos casarnos.

Dorita ¡Qué alegría, Juan!

Juan Nuestro sueño se realiza.

Dorita ¿Oye, y por qué no me advertiste que pretendías la plaza de médico del Asilo? Yo hubiese hablado con la tía

Juan Qué sé yo. Porque me hubiera parecido que manchaba la pureza de nuestro amor. Ni siquiera lo he pensado. Además, cuento con un regalo de boda que supone un dineral.

Dorita ¿Qué es?

Juan Todo el material quirúrgico de la clínica. Me lo ha ofrecido Irigoyen.

Dorita ¿Pero tú se lo has dicho?

Juan Nada; le hablé en hipótesis, de que este nuevo sueldo ya me permitía casarme, y el hombre, que me quiere de veras, se ade-

lantó á ofrecerme lo que te he dicho. Quizá sospeche...

Dorita De cierto nadie lo sabe. Pero hay mucha gente que se lo figura. A mí me tiran cada indirecta.

Juan Y á mí. Y creo que será una lástima romper el misterio, la dulce intimidad de nuestro cariño. Parece que recatado á los ojos de todo el mundo, es más grande, más nuestro, este amor que nos une para siempre.

Dorita ¡Qué feliz me siento, Juan! Deseaba tanto mi corazón que llegase este momento. Yo tenía una confianza ciega en tu laboriosidad, en tu honradez; pero desconfiaba de los demás, de los que habían de saber apreciar tus buenas cualidades. Nunca sospeché tan cercana nuestra ventura... Mejor. Estaba dispuesta á esperar cuanto fuese preciso, á consolarte en tus amarguras, á infundirte aliento...

Juan Lo debo todo á tu cariño. ¡Todo! ¡Cómo te quiero!

Dorita Hace ya tiempo que sólo vivo para ti; que sólo me preocupa tu vida que es la mía... ¡Nuestra vida! ¿Verdad?

Juan ¿Y por quién, si no por ti, he trabajado yo con tanto entusiasmo? Tú has sido mi hada buena, Dorita. De la amargura de mi existencio me curaste tú.

Dorita ¡Cuánto has debido sufrir!

Juan Lo que no tienes idea. No hablemos de eso. Ya pasó. Entonces despreciaba todos los honores, preeminencias y rangos sociales. La idea de la muerte me fascinaba. Quería huir del mundo. En mí no cabía el dolor que me produjo la injusta y amarga ingratitud de mi padre.

Dorita ¡Pobre Juan mío!

Juan Afortunadamente, Dios se compadeció un día, yo no sé si de mi sufrimiento ó de la angustia y dolor de mi madre, que por mí lloraba noche y día, y como por encanto, fué mi tristeza esperanza y tornáronse en luz de amanecer mis pesares. Te había cobía conocido á ti. Un día en que hablamos

aquí á solas y nos contamos nuestras intimidades y nuestras ilusiones, comprendí que estaba locamente enamorado de ti. La música de tu voz que parece desgranar en rimas sonoras toda la poesía de un jardín primaveral hizo su nido en mi alma. Y con la noble ambición de conquistarte, me sentía capaz de dominar el mundo.

Dorita ¡Para qué quiero yo el mundo! Me basta con tu amor, que vale para mí más que todo lo existente. No te he dicho que ayer me escribió nuevamente Antonio.

Juan ¿Otra vez?

Dorita Sí; le devolví la carta sin abrirla. El infeliz, como sabe que desdeño á cuantos pretendientes se me presentan, sin duda cree que sigo enamorada de él y despechada por su conducta licenciosa. Cuando se entere de la verdad, apreciará lo rídiculo de sus ilusiones.

Juan Pero es necesario que pensemos en el modo de comunicarle á tu papá nuestro cariño.

Dorita Grave es el asunto.

Juan Me preocupa de veras. Porque yo no me atrevo.

Dorita Terrible. ¿Y si se opone?

Juan Me muero.

Dorita No te preocupes, se lo diré yo.

Juan ¿Tú?

Dorita Sí. Mejor dicho, lo sabe ya.

Juan ¿Que lo sabe?

Dorita Como lo oyes. Se lo dije el primer día que acepté tu amor y que lo correspondí con toda mi alma. Tú no ignoras que mi padre sólo ha vivido para mí y yo para él desde que murió mi madre. Sin su aprobación, aun queriéndote mucho...

Juan ¿Es posible? ¿Tu padre lo sabe? No me cabe la alegría en el pecho.

Dorita Tanto mi padre como yo teníamos una seguridad absoluta en que triunfarías. ¡Lo que él se reía cuando yo le contaba tus inquietudes y tus temores! Déjale que trabaje, me decía. Serás suya el día que te merezca.

Juan ¿Y te merezco ya?

Dorita Sí.

Juan ¡Te debo cuanto soy!

Dorita Y yo á ti. ¡Porque tú eres mi felicidad!

ESCENA XI

DICHOS y PILAR

Pilar (Entrando por la lateral izquierda.) Buenos días, Dorita. ¡Estás preciosa! ¿Qué tal, Juanito?

Juan Precioso. Digo, bien.

Pilar Precioso. ¿Por qué no? Es usted muy guapo.

Juan Matador.

Pilar Estoy loca. Tu padre, el mío y el indiano acaban de liarse la manta á la cabeza hablando de política y me he tenido que fugar. No sabía que estábais aquí, si no hubiera venido antes. Al revés, no hubiera venido.

Dorita ¿En qué quedamos?

Pilar Porque me figuro que son ciertos los toros.

Dorita ¿A qué toros te refieres?

Pilar A lo que dice la gente de vuestras relaciones.

Dorita ¡Hija, qué comparación!

Juan Pues no hay nada.

Pilar A mí con evasivas...

Dorita ¿Has venido con tu padre?

Pilar Sí.

Dorita ¿Y tu marido?

Pilar No lo sé. Mejor dicho, me lo figuro; pero hago la vista gorda. Le veo dos días á la semana. Y cuando viene á casa le veo, y no le veo, porque le armo cada pelotera que arde Troya en un candil.

Dorita Ya te lo advertí de soltera. Esos jovencitos á la moda suelen ser malos maridos.

Pilar Tenías razón.

Dorita Pero como decías que patinaba tan bien...

Pilar Demasiado. Le pierdo de vista. Ahora soy yo la que te aconsejo, Dorita. Cásate con un hombre honrado y trabajador, aunque no monte á caballo.

Dorita Ni patine. De acuerdo.

ESCENA XII

DICHOS, el CONDE, RAMÓN é IRIGOYEN

Conde (Por la lateral izquierda.) ¿Quieres ir á París, Pilar?

Pilar Con mil amores.

Conde Tu padre se va esta noche.

Pilar ¿Me llevas, papá?

Ram. Por mí... ¿Y tu marido, qué dirá?

Pilar Encantado. Cuento desde luego con su aprobación. No sé cómo hay quien habla mal del matrimonio. Yo desde que estoy casada gozo de más libertad.

Conde Oye. ¿Y á qué vas tú á París? ¿Se puede saber?

Ram. No es ningún secreto. A negocios.

Conde El ferrocarril.

Ram. Sí, de un lado el ferrocarril y de otro averiguar qué hay de cierto en unos informes confidenciales que he tenido contra mi banquero.

Conde ¡Demonio! A ver si te dan un pellizco.

Irig. Sería muy sensible.

Ram. Eso trato de evitar.

Irig. ¡Hay cada hombre de negocios por esos mundos de Dios!

Ram. Es cierto. Conviene ir con siete ojos.

Irig. A mí me inspiran más confianza los españoles.

Ram. Los tiene uno más cerca. Y es más fácil enterarse de sus andanzas.

Conde ¿Y cuánto calculas que te dejará el ferrocarril?

Ram. Un millón de pesetas.

Irig. Bonito negocio. ¿Es usted el constructor?

Ram. No. Era el concesionario y he vendido mis derechos á un Sindicato Francés.

Irig. ¡Ah!

ESCENA XIII

DICHOS y TUDELA

Tud. (Por el foro.) Protesto, Conde. Ese criado es un descortés. Salud á todos.

Conde Aquí está el famoso Tudela. ¿Y qué le ha ocurrido á usted?

Tud. Que no quería dejarme pasar.

Conde No le haga usted caso. Es que no le recuerda á usted.

Tud. Dorita, Pilar... la enhorabuena. ¿Qué tal el matrimonio? ¿Estará usted en la luna de miel?

Pilar Estoy. Yo soy la que está aún. Mi marido descendió á los pocos días.

Tud. También á usted mil parabienes, Pacheco. Ya leí con satisfacción que le habían nombrado catedrático de no sé qué Academia.

Juan De la Academia internacional.

Tud. Lo celebro mucho.

Irig. Y además, médico del Asilo de pobres, fundado por doña Rosa.

Tud. Muy bien. Le encuentro á usted vencedor.

Juan Me acompañó la fortuna.

Conde No lo crea usted, Tudela. Se lo ha ganado todo á pulso, por su propio esfuerzo.

Tud. Así es más áspera, pero más honrosa la victoria.

Juan Un poco dura en verdad. (Dorita y Pilar hacen mutis por la lateral derecha.)

Tud. Si hubiera usted seguido mis consejos, tendría tres ó cuatro destinos y se pasaría la vida tumbado á la bartola, como tantos otros hijos de ministros, exministros, caciques y monterillas.

Juan ¡Qué sé yo!

Tud. Indudable. ¿Cómo me encuentra usted?

Conde Más sano. Trae usted unos colores envidiables.

Tud. La vida de campo. Deliciosa. Cada día estoy más satisfecho de mi retraimiento político. ¡Qué tranquilidad!

Ram. Todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Tud. ¿Ventajas? Cuando yo era diputado perdía un tiempo precioso contestando cartas. Cuarenta ó cincuenta al día; visitando ministerios para pedir favores y siendo un lacayo de mis electores. ¿Qué dirán ustedes que me pidió un cacique?

Conde Qué sé yo.

Tud. Un ama de cría. Ignoro si era para él ó para un hijo suyo. Pero lo positivo es que me pidió un ama de cría. Y así mil cosas más. Como yo no hago chanchullos ni vivo de los negocios, para mí resultaba el acta un engorro terrible.

Juan Ama usted demasiado la independencia.

Tud. Sí, soy un salvaje independiente.

Conde En cambio, ahora..

Tud. Ahora soy feliz y realizo una política humanitaria, casi altruista. Merced á mis empresas agrícolas, han encontrado sustento y bienestar millares de hombres que cultivan tierras antes improductivas. He fundado una sociedad de socorros mutuos y libertado de la usura á pequeños propietarios. Cada día estoy más satisfecho de mi obra.

Conde Y debe estarlo. Usted, querido Tudela, con sus explotaciones agrícolas, y el amigo Irigoyen, con su fiebre industrial, son dos hombres representativos. España necesita muchas generaciones que sientan el amor al campo y á los negocios, que aspiren á formar una burguesía trabajadora.

Tud. Si yo tuviera hijos no les daría carrera. Serían agricultores como su padre.

Irig. Y los míos si los tuviera, industriales.

Conde Todo menos, señoritos muertos de hambre y sin probabilidades decorosas de ganarse la vida.

Tud. Es un problema de educación.

Conde Sí; porque las generaciones juveniles son aptas para el sacrificio y el trabajo. Ahora mismo en defensa de la patria, se han sacrificado con entusiasmo y un valor heróico.

Juan También mueren otros muchos en al campo de batalla de la vida, porque la lucha

es desesperada y formidables los obstáculos. Educados en la sobriedad y la pobreza, los jóvenes actuales estamos en condiciones de procurar el engrandecimiento de la patria.

Conde Nosotros éramos, como herederos de una gran casa venida á menos, ociosos y altaneneros. Vosotros, la España que nace, sois los hijos del infortunio con la aspiración legítima de un honroso mejoramiento.

ESCENA XIV

DICHOS y ROSA

Rosa (Por la lateral izquierda. Al Conde.) Aquí me tienes de regreso. Buenos días, señores. Bien venido, Tudela.

Tud. Bien hallada, Rosa.

Conde ¿Cómo has encontrado á Genoveva?

Rosa Como siempre. Sola, llorando, encerrada en su habitación, frente al retrato de su hijo.

Conde ¡Pobre Arturo! Murió como un héroe. A su memoria rendimos todos un testimonio de de admiración y de cariño.

Rosa Sí Murió como un héroe. ¡Pero su madre se muere sin él! ¡Da una pena verla! ¿Y Dorita?

Conde (Señalando á la lateral derecha.) Por ahí anda con Pilar.

Rosa Con permiso de ustedes. Voy á verlas. (Sale lateral derecha.)

ESCENA XV

CONDE, RAMÓN, IRIGOYEN, TUDELA y JUAN. Luego DORITA

Conde ¡Infeliz Genoveva! ¡Con lágrimas y dolor necesitaremos conquistar nuestra grandeza futura. ¡Sólo así podremos reedificar nuestro viejo solar!

Irig. Justo. (Dorita sale por la lateral derecha y se acerca á Juan con quien habla.)

Tud. Con esfuerzo constante. Que el trabajo

cuando se realiza á satisfacción del espíritu, no es tristeza, sino alegría.

Ram. En un país de holgazanes como este, el trabajo es una maldición.

Conde Por eso hay que darle su verdadero valor; para que se le aprecie como virtud. ¿Quiéren ustedes que pasemos á mi despacho?

Irig. Vamos, Conde.

Tud. Con mucho gusto.

Dorita Papá, necesito hablar contigo.

Conde A tus órdenes. (Dirigiéndose á Ramón.) Soy con vosotros en seguida. (Salen por el foro, Tudela, Ramón é Irigoyen.)

ESCENA XVI

DORITA, el CONDE y JUAN

Dorita ¡Papá, papá de mis entrañas!

Conde ¡Exabrupto cariñoso tenemos! ¿Qué te pasa?

Dorita Que hay días en que una nace de pie.

Conde Valiente disparate.

Dorita Mejor dicho, que hay días en que una se levanta de pie.

Conde Eso me ocurre á mí todos los días. Y creo que á todo el mundo.

Dorita Bueno. Pero hay días en que le salen á una las cosas bien.

Conde Y otros mal.

Dorita Pues hoy es uno de los primeros.

Conde Me congratulo. ¿Y se puede saber la causa de tu alegría? (Breve pausa.) ¿Eh? ¿Se puede saber? ¿Puedes decírmelo tú, Juan?

Juan Yo creo que sí.

Conde Habla, hombre. (Otra breve pausa.) Lo que veo es que os habéis levantado elocuentes.

Dorita Te lo diré yo. Aunque el asunto no encierra ninguna novedad para ti.

Conde ¿Se trata?

Dorita Se trata de que Juan y yo nos queremos.

Conde (Con fingida sorpresa.) ¿Qué? ¿Cómo?

Dorita No te hagas de nuevas, papá, porque vas á ponerte en ridículo. Ya le he dicho á Juan que desde el primer día de nuestras relacio-

nes tienes noticias exactas de nuestro amor y que lo apruebas. Juan ha conquistado ya una posición social y merece tu consentimiento.

Conde Es verdad, hijo mío. Fuera fingimientos pueriles. Ven á mis brazos. Esta es una recompensa que tienes muy merecida por tu hombría de bien, por tu talento y por tu laboriosidad. En vosotros se funden dos aristocracias igualmente gloriosas: la del trabajo y la de la sangre; la del talento y la de la virtud.

Juan Yo solo creo merecer á Dorita por mi amor.

Conde Y por el temple honrado y laborioso de tu alma. Tú supiste defenderte y resistir, hasta lograr el respeto y la consideración de cuantos te rodean.

Juan Usted es muy bueno, Conde. Atribuya á mi conducta lo que es producto de la suerte. Si yo no hubiera conocido á ustedes, ¿qué sería de mí? Yo sé bien dónde acaba mi pequeñez y comienza la grandeza de los sentimientos de ustedes.

Conde Estás en un error. Si no hubieras sido bueno y trabajador, te tratarías con gente perdida y maleante. La verdadera familia no la constituye el parentesco, sino el amor que es la afinidad de las almas. Por esta razón me querrás tanto como á tu padre.

Juan Más.

Conde Lo mismo. Que él te dió la existencia, y yo te doy otra vida, mi hija.

Dorita ¡Padre mío!

Conde (Besando á su hija.) Amaros mucho...

ESCENA XVII

DICHOS, MARÍA y PEPITO; luego ROSA y PILAR

Pep. (Con María por la lateral izquierda.) ¿Les hemos hecho esperar?

María Mil felicidades, querido Conde.

Conde Gracias, pimpollo. Aquí los tenéis. Matrimonio mejor avenido no le conozco. Seguid su ejemplo. (A Juan.)

Pep. ¿Acaso? La enhorabuena.

María (A Dorita.) Cuánto me alegro.

Dorita Soy muy feliz.

Juan No sé lo que me pasa de contento. (Rosa entra por la lateral derecha con Pilar.)

Conde Toma parte en nuestra alegría, Rosa.

Rosa ¿Qué ocurre?

Conde Que se aman y bendigo su amor.

Rosa (Besando á Dorita.) Os deseo muchas felicidades. (A Juan.) Oye, que lo del Asilo no es definitivo.

Juan (Asustado.) ¿Qué dice usted?

Rosa Que lo mismo puedes tener de sueldo tres mil pesetas que seis mil. Ahora cambian las cosas. No faltaba más. Yo soy la presidenta y los demás me obedecen. Tendrás seis mil.

Juan Es lo mismo.

Rosa ¡Ni en broma! Que ha de ser lo mismo.

ESCENA XVIII

DICHOS, TUDELA, RAMON é IRIGOYEN

Tud. (Con los demás, por el foro.) Conde, ¿no viene usted?

Conde En seguida. (Rosa se supone que les comunica la noticia de los amores de Dorita y Juan.)

Pilar (A Dorita.) Te envidio, prima. Presiento que serás muy dichosa.

Dorita Así lo creo.

Tud. (A Pacheco.) Buena alhaja se lleva usted, barbián.

Ram. (A Pilar.) Este hermano mío fué siempre un Quijote. Mira que casar á su hija con un mediquillo...

Pilar Hace bien.

Ram. Con su pan se lo coma.

Pilar ¡Ojalá hubiera encontrado yo un marido así!

Tud. Suyo es el porvenir, Pacheco. El día que quiera ser diputado, dígamelo. El distrito de San Julián es mío y entre votar á un cunero ó á usted, prefiero votarle á usted.

Juan Gracias, Tudela.

Conde (A Dorita.) Y una vez casados, no tardéis mucho en darme un nieto. Estoy viejo y achacoso y espero tranquilamente la muerte. Pero antes de largarme de este mundo, quisiera ver á un chiquillo alegre y revoltoso corretear por toda la casa, por este viejo solar de mis mayores del que sois dignos herederos.

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Bodas celestes. (Apunte de comedia en un acto)

Las locas vanidades. (Comedia en un acto y dos cuadros.)

Precio: 1,50 pesetas